

SALIDA DE UN BAILE DE MÁSCARAS

Manuel Bobis Reinoso



Novela en construcción

Todos los derechos reservados

Propiedad intelectual de Andalucía

Imágenes de dominio público

No apto menores de 18

La novela que es estoy escribiendo en la actualidad se llama, por ahora, *Salida de un baile de máscaras*.

La psicología es el bizcocho de la tarta de mi escritura, pero procuro bañar ese bizcocho, para que se sienta jugoso en el paladar, en crema. Unas veces en crema cinematográfica como en *La muerte desde el cielo*, otras literaria como en *Ángeles de piedra* o musical como en *Enredados en el tango de Caín*. *Salida de un baile de máscaras* tiene aromas de pintura del XIX, medio con el que explorar cómo los artistas desafiaron las normas sociales, especialmente en la segunda mitad del siglo. El cuerpo desnudo, sobre todo el de mujer, se convirtió en espacio de provocación a las normas culturales y expresó sexualidad, sensualidad y erotismo. Esta crema me anima a ilustrar mi novela con cuadros del XIX y principios del XX, imágenes que ahora son de dominio público. Un viaje por el Neoclasicismo, Romanticismo, Realismo, Impresionismo, Postimpresionismo y Simbolismo. Diversidad de temas y estilos que anhelaban libertad para convertirse en cronistas de su tiempo y reflejar las transformaciones sociales y culturales de la época.

La novela tiene vida propia, va cambiando a su antojo durante todo el proceso de construcción. Empezamos, ¿qué ocurrirá?, ¿cómo acabará? No tengo ni idea. **NO APTO MENORES DE 18**

1

El destino cumplido. Edward Burne-Jhones. 1883

«El destino se ha cumplido. Como Perseo, vuelvo tras cortarle la cabeza a la medusa que me encadenaba en el caos, y para acabar para siempre con la serpiente marina que te acecha. De nuevo, el héroe mata al monstruo y libera a la princesa, aunque en esta ocasión, más que héroe he sido villano. Aquí estoy, delante de tu mirada. Mi delgado cuerpo cuarentón de uno noventa se lleva la mano al alma para pedirte disculpas. Me han costado numerosos ruegos, explicaciones y certificados médicos el que se me permitiera verte de nuevo. Lo he conseguido, aunque seis ojos acechan alerta y seis brazos fornidos vigilan para que no me acerque demasiado a ti. Pueden estar tranquilos, puedes estar tranquila, no volverá a suceder. He vuelto



a Madrid para despedirme, lo necesitaba. Ahora que tengo claro quién eres, qué eres, comprendo que lo mejor para mi salud es no volver a verte nunca más. Me morderé las ganas y la pasión, mas no regresaré. Hoy solo quiero contemplar por última vez tu sonrisa dulce, sugestiva, seductora, de la que me enamoré de una manera tan loca. Deseo grabar en mi memoria tu rostro ovalado, tus ojos castaños, imaginar tus suaves manos de caricias sutiles para atesorarlas en mi retina y en mi piel mientras la salud respete a mi entendimiento.

Septiembre acaba, todavía hace calor, un calor pegajoso que se adhiere a la camisa y a las palmas de las manos. La flor de nomeolvides, símbolo del amor desesperado, luce vanidosa su azul zafiro, como lo haces tú. El equinoccio de otoño me ha reintegrado a la vida normal como un hombre normal. Ha comenzado el nuevo curso. El director, los compañeros profesores y los alumnos del instituto me han recibido muy bien, incluso hay quien me ha abrazado con emoción y me ha invitado a desayunar. ¡Ya ves! Este hurón solitario tomando café en compañía de otras personas. Me sentía nervioso esperando mi vuelta a las clases, pues no sabía cuál iba a ser su acogida. Avergonzado, se me secaba la boca, me temblaban las manos en sudores fríos, temía cada fecha que tachaba del calendario. Me ha sorprendido su comprensión y cariño que, lejos de calmarme, han

coronado un rubor acentuado en mis mejillas. Retomé las clases bajando la cabeza con humildad.

Te gustará saber que me cargué de valor para visitar a Rosa y a sus padres. No me resultó fácil, giré en mi mente mil vueltas de ansiedad que casi me hicieron vomitar antes de tomar el teléfono. Los llamé de una manera respetuosa para solicitar una visita en la que les presentaría mis más sinceras y sentidas disculpas. Aceptaron, me personé en su domicilio con un hermoso ramo de margaritas, hijas de pureza e inocencia, para declarar que mis intenciones eran honestas y que lamentaba intensamente haberles causado algún daño. Me recibieron en su modesto piso agradable en pulcritud. Nos sentamos en un sofá tapizado en tela color mostaza. Ellos se mostraron amables, con compasión y empatía; yo les pedí perdón por todo lo sucedido. Me dijeron:

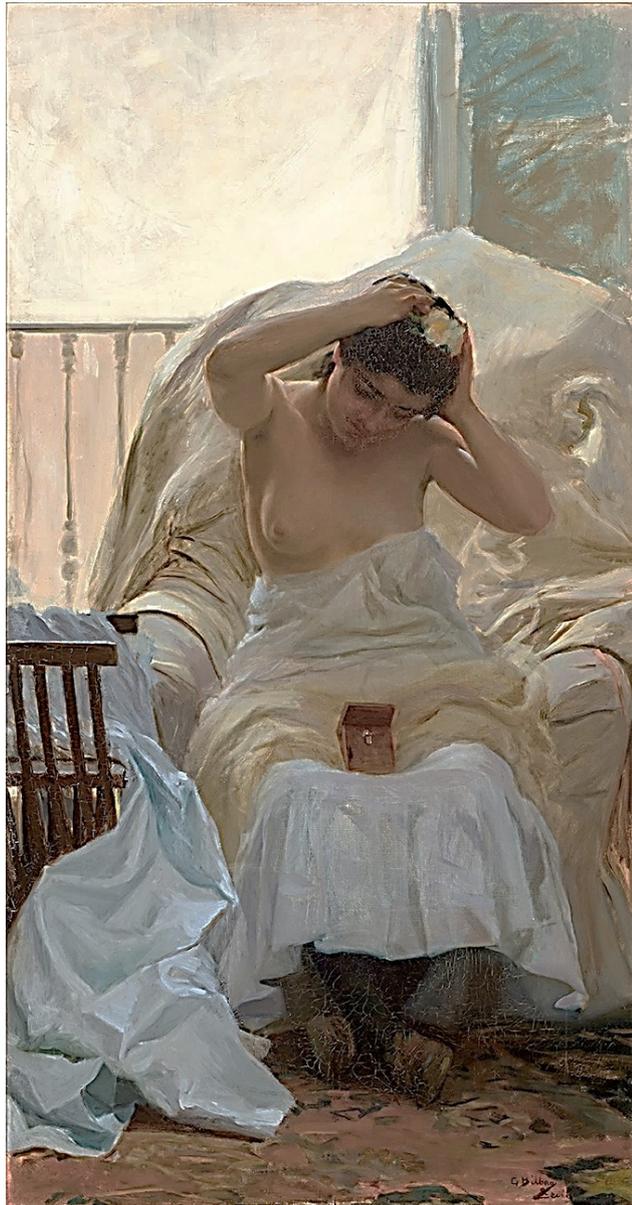
—Ernesto, entendemos lo ocurrido. Como usted ya conoce, hemos retirado la denuncia. Nuestra intención es dejar atrás el resentimiento y la ira porque consideramos que no tuvo culpa de nada.

Sus palabras me dejaron en paz conmigo mismo, besé sus manos en mi pensamiento. Rosa comienza este curso la carrera de Historia del Arte. Me he sentido orgulloso, pues creo que, a pesar de todo, mis clases han influido en su amor por la materia. El tímido patológico, que no era capaz de cruzar una mirada o una palabra con otro ser humano, se desparramaba en verborrea entusiasmada cuando hablaba de arte. Se me considera un profesor excepcional; ese prestigio se ha convertido ahora en mi alegría, en mi razón de ser».

2

La toilette. Gonzalo Bilbao. 1910

La húmeda tarde en la que comenzó esta aventura irracional, una hora y treinta y seis minutos antes de que Amalia estuviera a punto de acabar con la vida de Ernesto, este se encontraba, una vez más, visitando las salas de pintura del siglo XIX del museo de Bellas Artes de Sevilla. Admiraba, con la boca abierta y la baba a punto de caer por la comisura, la obra *La Toilette*, de Gonzalo Bilbao. «En ella, el artista recrea un momento del aseo personal de una joven que se encuentra sentada, sosteniendo un pequeño espejo sobre las rodillas para poder recoger y adornar el pelo. En un fogonazo incendiado y estruendoso dentro del campo de batalla del intelecto contra el instinto, como siempre que contemplaba un desnudo de mujer, el profesor y el hombre comenzaron su acostumbrada contienda. Si uno de ellos apreciaba que el cuadro estaba pintado al óleo sobre una preparación blanca industrial en una tela de lino tipo tafetán; el otro contraatacaba mostrándome la piel suave de la muchacha que había posado como modelo. Una piel cálida, blanca, perfecta, recién lavada, con olor a jabón de lavanda. Si el profesor observaba que la obra está tratada en contraluz, acentuando así el intimismo del momento captado entre la sensualidad y el pudor; el instinto avivaba en mí un ansia incandescente por que aquella muchacha se hiciera mujer de carne y hueso para acariciarle el pelo y sentir su suavidad, para clavar mis dedos entre sus cabellos y deshacerle el peinado, para ver cómo su melena cae en cascada sobre la espalda desnuda. Volvía el erudito a hacerse hueco dentro de mi razón para resaltar que, al colocar la luz en la espalda, dejaba ensombrecida la zona que vemos, consiguiendo una mínima gradación y un velado de las formas. Reaccionaba el animal haciendo que deseara rozarle el labio con mi pulgar, que anhelara besarla centímetro a centímetro explorando su columna hasta la cueva de la cintura, dibujando la curva de su trasero de melocotón. Un nuevo



golpe analítico me aseguraba que, aunque el desnudo constituye el argumento central de la composición, también trata la calidad de los ropajes en un doble estudio sobre la incidencia de la claridad sobre las telas y la piel de la modelo. Y yo deseaba bajarle el vestido hasta dejarla completamente desnuda, y el profesor reaparecía para explicarme que el desnudo es un tema escaso dentro de la producción de Gonzalo Bilbao, que en este caso se trata de un pretexto para realizar un estudio de luz. Y yo me desvivía por acariciar, ceñir sus pechos ardorosos con mis manos, por percibir que se le endurecían los pezones y lamerlos suavemente. Jadeando en mi interior y latiendo en mi entrepierna un deseo urgente, imaginando en el paladar el sabor de su sexo; hui de la sala para refugiarme en un óleo en el que no aparecía ni una sola mujer».

La muerte del maestro. José Villegas Cordero. 1880-1910.

En la sala XII, sentado en el banco que algún experto colocara allí demostrando gran tino, Ernesto pudo poner escarcha y alivio en su excitación contemplando el descomunal óleo *La muerte del maestro*. «Fue pintado por José Villegas Cordero después de que el verano de 1880 acudiera a la plaza de Toros de la Real Maestranza para ver una corrida celebrada a beneficio del Tato, diestro sevillano que había quedado inválido tras una cogida en la plaza de Madrid. Figuraba como número uno de aquel cartel el cordobés Manuel Fuentes, «Bocanegra», quien al matar su primer toro fue cogido y trasladado rápidamente a la enfermería. El pintor acudió, con ávidos ojos de fotógrafo, para comprobar qué ocurría. Al llegar a la capilla se encontró la impresionante escena del diestro gravemente herido rodeado de su cuadrilla. El torero se sentía acompañado de los suyos en tan crítico momento. Yo percibía en el cuadro esa compañía incondicional y la comparaba con la soledad en la que tan seguro me refugiaba en cada día de mi aburrida existencia. Inspirado por la escena recién observada, el artista realizó esa misma noche un boceto. Dos días más tarde comenzó la primera de una serie de pequeñas versiones que precedieron al cuadro al que él llamaba «el Grande». Para esa primera obra posaron en su estudio de Sevilla los más famosos toreros de la época, entre ellos Lagartijo, Gallito, Cara Ancha y Chicarro. Villegas, además de haber sido agraciado con el don del arte, sabía relacionarse, buen político, entendiéndolo por político al pez que se mueve feliz nadando en las aguas de las relaciones públicas. Nada parecido al miedo que yo sentía a tratarme con los demás, a cruzar más de dos palabras si en asuntos mundanos se empeñaba la conversación. Un hastío existencial solo suavizado por mi amor a la cultura, a la pintura, a la literatura.

Esa era la historia real sobre el óleo. La imaginada cuenta que el cuadro refleja el momento en el que es depositado el cadáver del torero Bocanegra en la capilla de la plaza de toros de Baeza tras recibir una cornada que le arrancó la existencia en un instante, en un solo golpe de mala fortuna. No era él quien debía realizar la faena, se encontraba en las gradas, mas al ver que un torero novel estaba en situación apurada bajo la ira del animal Hormigón, saltó al ruedo para ayudarlo, siendo embestido mortalmente por el astado. Eso sí ocurrió, pero más tarde, en 1889. De nuevo, la hazaña del héroe mártir que se sacrifica por sus compañeros fiel a un compromiso con los demás desplegada delante de mi conciencia, señalándome a mí, a quien aterraba enfrentarse al compromiso emocional con otras personas. El autor tardó muchos años en acabar el cuadro, los mismos que llevo yo dedicado obsesivamente al estudio de la pintura

del siglo XIX y principios del XX. Observaba la variedad de actitudes conmovidas, desoladas, sinceras en su desesperación en torno a la figura del maestro muerto. Hombro a hombro, cuerpo a cuerpo en su dolor. Me preguntaba, sin saber responderme, por qué me desagradaba el contacto físico, por qué me incomodaba y abrumaba si a la vez ansiaba conocer las mieles del sexo. Conjeturaba sobre cómo se comportarían en mi funeral los compañeros, habiéndome mostrado tan distante, tan frío, tan reservado, encerrado eternamente en mis libros, regodeándome en mi mundo racional, teórico e intelectual. ¿Se derramaría una sola lágrima por mí? Detenía mis ojos ante los símbolos religiosos que aparecen en el cuadro, esos que empapaban y marcaban cada instante, cada circunstancia, cada amanecida, cada cielo, cada crepúsculo y cada noche de las personas que conocieron las luces y las sombras de ese siglo apasionante. Juego de luces y sombras con el que el pintor hizo metáfora de lo que somos. Yo no creía en Dios, despreciaba a las religiones, que tan estúpido y supersticioso hacen al ser



humano. Precisamente cavilando sobre la superstición, reparé en el número trece que el monosabio vestido de rojo, el que recoge las pertenencias del maestro caído, tiene pintado en el brazo izquierdo. Superstición, esa que convierte la mentira inventada y mal creída en ciencia irrefutable. Aunque admiraba una obra de tema taurino, me posicionaba en contra de la tortura de tan bello animal en un espectáculo público, y esa admiración se convertía en epítome de mis contradicciones y luchas internas. Acumulaba información, conocimiento, pero no me sentía preparado para pasar a la acción, para enfrentarme al corazón, a los sentimientos, al enfado, a los celos, a la ira, a la seducción, al amor, a la ternura, al sexo. Ratón de biblioteca empedernido nací, mas no quería acabar mis días bañado en ese mismo amargor».

Las báquides. Sarah Paxton Ball Dodson. 1883

No se había percatado de que la sala se había quedado desierta. Una sonrisa femenina endulzada con unos enormes y bellos ojos castaños se le acercó para informarle:

—Ernesto, ya es la hora.

Los empleados lo conocían, lo llamaban por su nombre, gracias más al empeño de su amabilidad y de la curiosidad que despertaba que a su don de gentes. «Me costó trabajo despegar mi mirada del óleo, me pasa siempre, creo que ningún visitante ha visto cerrar más jornadas en los museos que yo. Bares, hasta entonces, no había cerrado ninguno.

Al igual que las adivinas en la antigua Grecia destripaban un ave para ver el futuro en sus entrañas, estuve a punto de conocer mi porvenir en un éxtasis profético contemplando mi propia sangre. Vacío, ahogado por añoranzas nunca disfrutadas, saqué del edificio los ciento noventa centímetros que alargan mi longilíneo cuerpo». Fuera, melancolía. La anochecida



chispeaba en chirimirí. El suelo estaba mojado, una fina niebla matizaba las farolas en halos blancos y desdibujaba infinitos los ficus colosos de la plaza del Museo. Cualquiera hubiera tomado un autobús o un taxi para volver a casa, pero Ernesto no perdonaba el paseo en bicicleta ni en días de lluvia intensa. «Mi impermeable verde oliva me protegería del agua, el pedaleo mantendría mi cuerpo caliente». Rescató de sus cadenas a la vieja Cleta, así llamaba a la bici comprada hacía muchos años en el Jueves. Nunca conoció el color original que cubría su metal, quizá fuera un rojo que con el paso de los decenios se convirtió en olvidada decoloración. Empujó la dinamo hacia la cubierta de la rueda para que se hiciera la luz, apretó la primera

pedalada. El agua que la capucha no era capaz de escupir le corría por el rostro y las manos. No tenía frío, intuía la carretera más que verla cuando, a la altura de la Puerta Real, el automóvil que conducía Amalia lo embistió por el costado derecho. «Me sentí volar, me sentí caer. Abrazado al suelo de adoquines, conocí el silencio insondable, percibí el calor de mi propia sangre resbalando por el cuero cabelludo, vi cómo el mundo se apagaba y, antes de cerrar los ojos, recordé el cuadro de Villegas Cordero y presumí que pronto podría comprobar cuántas personas asistirían a mi entierro. Tal vez, mi hermana y nadie más. Se hizo la oscuridad con un fundido placentero».

Pronto incluiré el capítulo 3

